

LINA GÓMEZ / JEINS DURÁN

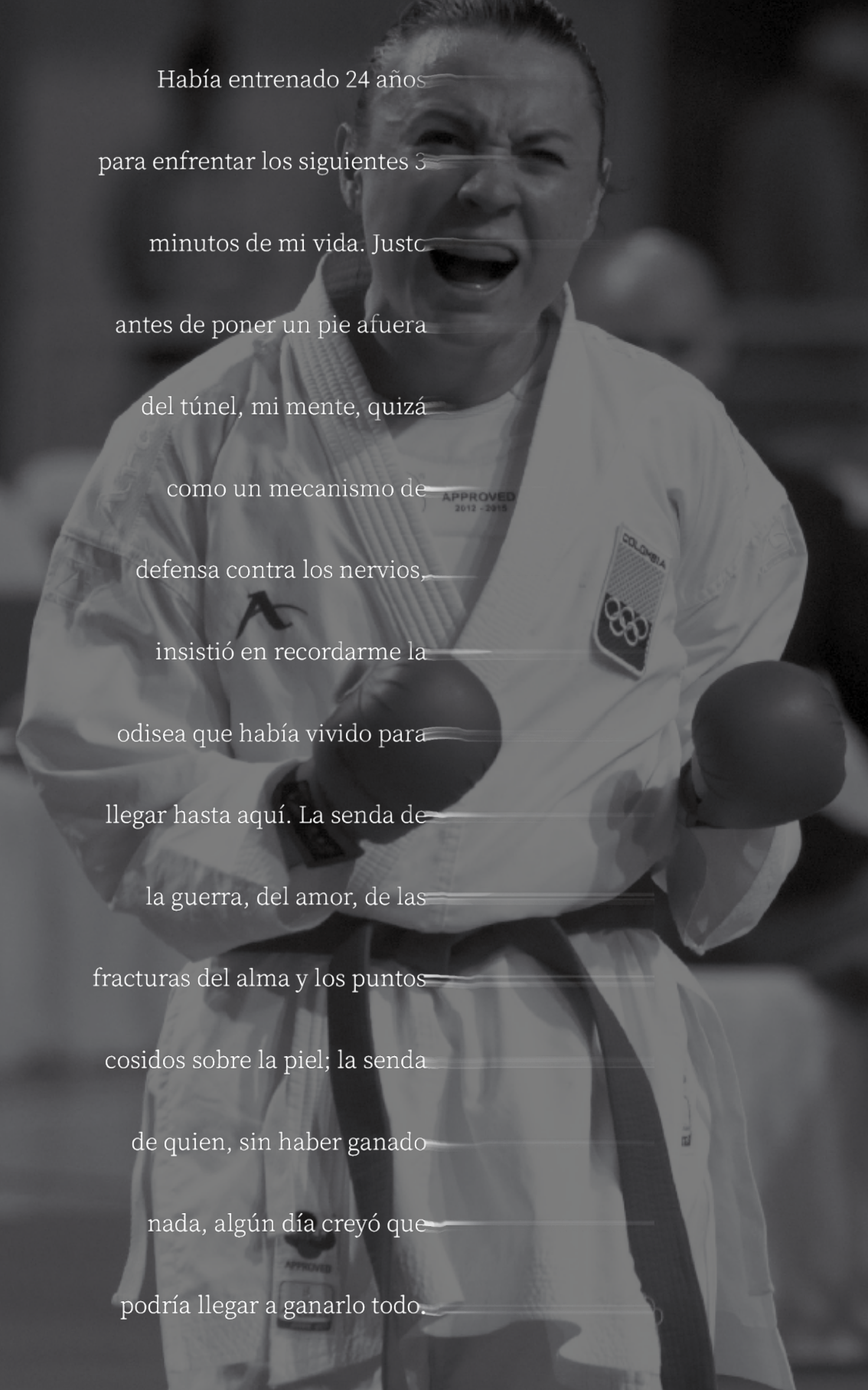
ESPÍRITU DE ORO

Hasta que la tormenta
descubra tu brillo

*¿Cómo llegó Lina
Gómez a ser la primera
colombiana campeona
mundial de karate? Su
historia, los principios
de su éxito, la tormenta,
la fe... el brillo.*



Vuelo azul



Había entrenado 24 años
para enfrentar los siguientes 3
minutos de mi vida. Justo
antes de poner un pie afuera
del túnel, mi mente, quizá
como un mecanismo de
defensa contra los nervios,
insistió en recordarme la
odisea que había vivido para
llegar hasta aquí. La senda de
la guerra, del amor, de las
fracturas del alma y los puntos
cosidos sobre la piel; la senda
de quien, sin haber ganado
nada, algún día creyó que
podría llegar a ganarlo todo.

No tenía ni idea de lo que

significaba vencer al mundo,

pero busqué en lo más

profundo de mi alma infantil

y, en ese momento, encontré

muchas cosas...

excepto miedo.

L I N A G Ó M E Z / J E I N S D U R Á N

ESPÍRITU DE ORO

Hasta que la tormenta
descubra tu brillo

*¿Cómo llegó Lina Gómez a ser la primera colombiana
campeona mundial de karate? Su historia, los principios
de su éxito, la tormenta, la fe... el brillo.*



Vuelo azul
E d i t o r i a l

ESPÍRITU DE ORO

Hasta que la tormenta descubra tu brillo

Espíritu de oro. Hasta que la tormenta descubra tu brillo ©2023,

Lina Gómez · Jeins Durán

©2023, Vuelo Azul Editorial

Medellín, Colombia

www.editorialvueloazul.com

Primera edición en Colombia: julio, 2023

Edición: Vuelo Azul Editorial

Corrección ortotipográfica y de estilo: Maria Camila Durán

©2023, fotografía de cubierta: COLPRENSA

©2023, fotografías de interior: COLPRENSA y archivo personal de Lina Gómez
2023, Diseño, diagramación: Melisa Giraldo

Vuelo Azul Editorial apoya la protección de los derechos de autor. El copyright posibilita el desarrollo artístico y cultural, fomenta la producción literaria y vela por los derechos de los escritores. Por tales motivos, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. A menos que se indique lo contrario, las fotografías publicadas pertenecen al archivo fotográfico personal de Lina Gómez, o fueron cedidas por los medios de comunicación.

Impreso en Colombia

ISBN: 978-628-01-0276-4

Vuelo Azul Editorial

www.editorialvueloazul.com

Dedicatoria

Al que hace posible lo imposible.

Al que saltó de la tribuna con un ramo
de flores para mí.

A la autora de la notica amarilla.

A los que aún no habían nacido y ya
eran mi amor eterno.

A todos los que creyeron y me apoyaron
en este sueño de tejer un karategui blanco
con hilos de muchos corazones.

A ustedes, este libro.

PREFACIO

La primera vez que hablé con Lina Gómez, me dijo que su historia podría interesarme. Después de un par de conversaciones me envió unas pocas páginas que ella misma había escrito sobre su vida. Recuerdo que alguna tarde estaba en mi estudio trabajando en mi próximo libro, y pensé... —bueno, qué puedo perder, vamos a echarle una mirada a la historia de la karateca—. Quince minutos de lectura después estaba llorando en mi escritorio.

Durante los más de 18 años que llevo dedicado al arte de narrar historias, he aprendido a reconocer lo que, en mi opinión, es lo más importante de una obra, y es el potencial que tenga para llegar más allá del alma... al espíritu humano. Con el tiempo me he convertido en una especie de detector de aquellas historias en las que siento que hay algo más profundo que las palabras y su capacidad de generar emociones. Con sólo darle una leída al resumen de

la vida de Lina, supe que esta era una historia ungida, una historia del Espíritu, tan fascinante como trascendente; y supe que era el siguiente libro que yo debía escribir.

De inmediato nos dimos a la tarea de entretener los relatos de aquella niña del municipio de Rionegro que un día creyó que podía llegar a ser la N°1 del mundo.

En “Espíritu de Oro”, además de un fascinante viaje por alcanzar un sueño de mundial, te asombrarás al ver la generosidad con la que Lina comparte todo su saber, sus conocimientos y las claves de su éxito, tanto a nivel personal como deportivo. Capítulo a capítulo, entre combates, amores, victorias del alma y derrotas del corazón, podrás descubrir tesoros de vida que pueden ser determinantes en tu propia carrera hacia cualquier cima que desees conquistar.

Le doy gracias a Dios, el escritor de lo eterno, por concederme las letras para bordar a mano esta túnica de colores para el alma, y confío en que, al final de cada capítulo, cuando veas a Lina secando el sudor de su frente después de alguna batalla, puedas sentir en tu espíritu la música que queda en el aire... como una lluvia de papelitos amarillos.

Jeins Durán

Escritor



PRIMERA
PARTE

7
ATAQUE

UNO ESENCIA

La tarde de la final de los Juegos Mundiales, después del calentamiento y la batalla por mantener la mente en un silencio antiderrotista, escuchamos el llamado, y las mejores karatecas del mundo avanzamos hacia el coliseo. El angosto pasillo por donde ingresamos las deportistas hacia la cancha, era como un túnel. Desde allí se escuchaba el cántico de miles de asistentes. Aún no los había visto, pero sabía que en las tribunas estaban mi esposo, mi mamá, mi entrenador y las personas que habían construido este sueño golpe a golpe conmigo. Todos escuchábamos sus gritos: ¡Colombia, Colombia, Colombia! Yo podía escuchar sus corazones.

Avanzamos hacia la luz al final del túnel. Sentí el sudor bajando por mi espalda, mojando el karategui, ese uniforme blanco de tela fina que tanto he amado, practiqué un micromovimiento de un golpe al pecho, golpeé mis guantes rojos uno contra el otro y aspiré ese aire húmedo de

Cali endulzado por los gritos que llegaban cada vez más vívidos desde el coliseo: ¡Colombia, Colombia, Colombia! Y respiré de nuevo tan fuerte como pude, hasta que sentí que mi mente estaba fría por completo, y mi corazón estaba en llamas.

Justo antes de salir, el secreto que había venido guardando desde hacía un mes atrás, se abrió paso entre las fibras de mi ser y apareció como un despreciable visitante no invitado. Solo mi entrenador, los más cercanos y yo lo sabíamos; era imperativo que ni mis rivales, ni nadie más lo supiera. Ese secreto, ese doloroso secreto, había comenzado a punzar mi pie derecho. Aun así, era hora de pelear.

Había entrenado 24 años para enfrentar los siguientes 3 minutos de mi vida. Justo antes de poner un pie afuera del túnel, mi mente, quizá como un mecanismo de defensa contra los nervios, insistió en recordarme la odisea que había vivido para llegar hasta aquí. La senda de la guerra, del amor, de las fracturas del alma y los puntos cosidos sobre la piel; la senda de quien, sin haber ganado nada, algún día creyó que podría llegar a ganarlo todo.

* * * * *

Todo comenzó en el municipio de Rionegro, en el oriente antioqueño, en la década de los 80's. Pero no empezó conmigo, sino con Cecilia Alzate, mi mamá, una mujer apasionada de tiempo atrás por las artes marciales, fanática de las películas de Bruce Lee, Jean-Claude Van Damme, Chuck

Norris y Steven Seagal. Esa pasión materna de antes de mi nacimiento, seguramente hizo que, en mi esencia, en mi ADN, se trenzaran las patadas y los gritos de combate mucho antes que mis primeros pasos o mis primeras palabras.

Durante gran parte de mi niñez, la rutina de la semana era la misma: mi mamá se levantaba a las 3:00 de la madrugada para alcanzar a dejarnos desayuno y almuerzo listos para mis dos hermanas y para mí. Luego se organizaba para salir a trabajar, nos despertaba, verificaba que tuviéramos todo listo, nos servía el desayuno y salía a llevarnos a estudiar. A mi hermana Paola y a mí nos dejaba en la guardería; y a Sandra, mi hermana mayor, la llevaba a la Escuela Santander. Luego iba a su trabajo, llegaba sagradamente a mediodía para que almorzáramos juntas, volvía a trabajar y regresaba en la noche a darnos la cena, revisar las tareas y acostarnos. Y de nuevo salía rumbo a la universidad en la búsqueda de su sueño de ser profesional. Mi papá no estaba. Nunca estuvo.

Aprendí a competir en casa, sentada junto a mi mamá y a mis dos hermanas en el pequeño comedor circular de 4 puestos. La luz entraba por el patio y llegaba hasta la mesa trayendo el aroma del chocolate recién hecho. Y allí mi mamá se inventaba concursos. A cada una de nosotras nos daba una hoja con ejercicios matemáticos de acuerdo al grado en que estuviéramos. A Sandra le entregaba una con divisiones; a Paola una con sumas y restas; y en mi hoja, al ser la menor, aparecían algunas sumas. Nos miraba a todas, sonreía expectante, activaba el cronómetro del

diminuto reloj dorado que usaba, y nos lanzaba de forma amorosa a esa guerra por el conocimiento y la superación. Ganaba la que primero terminara.

Mi mamá determinó en su corazón que saldría adelante con sus tres hijas. Nunca se tomaba un trago de licor, nunca se fumaba un cigarrillo, nunca salía a una fiesta. Esa determinación se convirtió en una mezcla entre ternura y exigencia al límite. En consecuencia, recibí todo el amor y la protección, pero también el fiero temple de una leona.

Cuando pienso en los fines de semana de mis primeros años hay dos palabras que brillan entre los claroscuros de mis recuerdos: películas y COMFAMA. Los sábados, mi mamá alquilaba alguna película en Betamax, nos metíamos las cuatro en la cama de su cuarto y comíamos crispetas que ella preparaba en una ollita de aluminio. Las pelis tenían un factor común, en todas, además de muchos combates, había una búsqueda de justicia, una defensa de lo bueno. Me encantaban. Quizá, sin saberlo, a mi corta edad, yo también andaba buscando una figura heroica en mi vida. Buscaba un padre.

Sería injusto decir que mi mamá no hizo todo, y mucho más de lo que estaba a su alcance para que no nos faltara nada, para suplir con sus cuidados y atenciones cualquier faltante en nuestras vidas. Ella lo ha dado todo. Sin embargo, tengo en mi mente un par de escenas de mí misma cuando era una niña. En esas escenas, con una ingenua sinceridad, le pregunto a algunos entrenadores en los que identificaba una figura de autoridad: ¿Quieres ser mi papá?

Creo que esa era una búsqueda apenas natural. Una necesidad instintiva que aparece cuando empiezas a ver a tus amiguitos con papá y mamá en las reuniones del colegio. Era como una sensación de que algo estaba pendiente. Te miras al espejo y sientes que te falta algo, no sabes qué es, porque es algo dentro de ti; y lo que hacemos es cubrirlo con maquillaje o diciéndonos a nosotros mismos que no pasa nada; porque hay que seguir adelante.

Volvamos a los fines de semana. Además de películas, la otra palabra que brilla en esa primera etapa es COMFAMA. Es un lugar lleno de parques, piscinas y entretenimiento para la familia. Quedaba a unos diez minutos de donde vivíamos, y era “la casa” de los domingos, el sitio favorito de todas. Salíamos de casa caminando, mi mamá llevaba un maletín azul con uniformes, vestidos de baño, toallas, termos, cremitas y cuanta cosa pueden necesitar tres niñas para un día por fuera de casa; y el sol del oriente antioqueño nos hacía creer que el camino de la vida era brillante.

No sé si el karate llegó a mí, o si fui yo quien llegó al karate, pero a mis 4 años nos conocimos en el club de karate de COMFAMA. Quizá ambos nos estábamos esperando. Al principio nos veíamos solo los domingos. Bajo la sabia dirección del sensei Gustavo Agudelo, mis dos hermanas y yo recibíamos clases juntas y luego íbamos a piscina y a recorrer el parque, tomábamos bandejas verdes y hacíamos una fila interminable para almorzar bandeja paisa, y luego volvíamos a los juegos. Yo me colaba en los demás grupos y tomaba hasta cuatro clases de karate al día.

Mi mamá trabajaba en la alcaldía del municipio y tenía un don para hacer rendir el tiempo y el dinero. Terminó su carrera universitaria y luego hizo una especialización mientras nos enseñaba con el ejemplo cómo es que se da una buena pelea en la vida con la cabeza en alto. Aunque a veces también la vida trataba de noquearla.

Recuerdo una noche. Para ese entonces ella había logrado comprar un pequeño y muy cómodo apartamento en una unidad cerrada, y estaba pagándoselo al banco. Eran quizás las siete de la noche. Mis hermanas y yo jugábamos cartas en el comedor, y de repente se fue la luz. Mi mamá salió de su habitación y caminó a tientas hasta la ventana para mirar hacia las casas de los vecinos. Regresó a su cuarto, sacó un par de velas, las encendió en silencio y se sentó con nosotras a jugar cartas. Nos habían cortado los servicios públicos. Para esa época ella estaba sin trabajo porque su puesto en la alcaldía dependía de altibajos políticos. No hubo lágrimas, no hubo quejas, nunca vi ni la más mínima expresión de temor de su parte. Esa noche aprendí que, a los momentos difíciles también se les da la cara y se les contraataca.

El contraataque de mi mamá empezó al día siguiente. Muy temprano llegó a casa con dos catálogos, uno para vender ropa interior y otro para vender pijamas. También llevó una bolsa de chocalatinas Jet, de las azulitas que tenían una figura coleccionable para el álbum. Recuerdo su mirada serena y el tono de voz motivante con que nos dijo:

—Hagamos equipo.

Mi parte del plan consistía en vender las chocolatinas en el colegio y recoger \$40.000 que costaba mi transporte para esa época. Mi mamá supo motivarme con esta frase: “Una vez recojas los \$40.000, el resto del dinero será para ti, para que lo uses como quieras”. Así tuve una meta clara, una estrategia y la motivación suficiente para mi primer emprendimiento. Vendí muchas más chocolatinas de las que esperaba, mis hermanas y mamá vendieron muchas pijamas y ropa interior. Nació en mí un amor por las ventas, por dar y por producir. Regresó la luz. Regresó el empleo. Tiempo después, el banco, con su asfixiante sistema del UPAC se quedaría con el apartamento. Pero nunca nada pudo quitarle el buen ánimo a mamá, la verdadera maestra de combate de mi vida.

De hecho, creo que el rumbo del camino que me esperaba como karateca se trazó en su habitación una tarde de agosto de 1992. Estábamos ella y yo en su cuarto. El televisor negro con forma de caja y perillas plateadas, transmitía en vivo los Juegos Olímpicos de Barcelona, un evento trascendental para el deporte colombiano. Por primera vez en la historia, una mujer de nuestro país competiría en la final de unas olimpiadas. Esa mujer estaba lista para correr los 400 metros más importantes de su vida. Su nombre: Ximena Restrepo.

Ximena nunca fue la favorita. Es más, según los periodistas que transmitían el evento, ya era una hazaña que hubiera llegado a la final, pero ahí estaba ella lista para salir a correr contra los cronómetros de la duda. Tiempo des-

pués supe que, al igual que mi mamá y yo en aquel pequeño cuarto, medio país estaba paralizado viendo la carrera.

Ximena, vestida de enterizo azul con una franja de la bandera de Colombia, arrancó por el carril 6 con la pericia que se nota en una persona cuando ha practicado muchas veces algo. Mientras ella corría yo la miraba a ella y a mi mamá, emocionada, fascinada por esa chispa de dinamita que enciende en nosotros las competencias. Estábamos sentadas en la cama, pero a los cien metros de carrera ya estábamos de pie. Creo que, de alguna forma que a mis 7 años no podía comprender, esa tarde, bajo los 38 grados centígrados de Barcelona, mamá y yo corríamos junto a Ximena.

Las dos favoritas apretaron el paso en la recta final y tomaron ventaja, parecía que a Ximena no le daba para más, pero aún quedaba en disputa una medalla de bronce, y la colombiana se impulsó como sabemos hacerlo en este país, con alma, vida y sombrero, y logró cruzar la meta en tercer lugar superando a su rival por apenas milésimas de segundo. Esa tarde, aquella joven paisa había roto la marca suramericana y, por primera vez en la historia deportiva de nuestro país, una mujer había ganado una medalla olímpica. Y los ojos de mi mamá se inundaron de aquella gloria de bronce a miles de kilómetros de Barcelona.

Un momento después, aquella pequeña habitación se inundó con el aroma que dejan en el aire las grandes proezas; sonó el himno nacional de Colombia. Recuerdo ver a mi mamá cantando cada estrofa como si pudiera saborearlas. Quizá eso era lo que llaman “el sabor de la victoria”.

Justo en ese momento de mi vida, al ver el efecto de un triunfo mundial en el ser que más amaba, y sin alcanzar a dimensionar la magnitud de aquel logro de Ximena Restrepo, supe que, si había causa alguna por la que valiera la pena vivir, en mi caso era esa, la causa de la gloria deportiva. Y sin dudarlo, con la fe de una niña de siete años, propuse en mi corazón llegar al pódium más alto del mundo, y saborear junto a mi madre las estrofas del himno nacional. Esa tarde, frente al televisor con forma de caja y perillas plateadas, me propuse llegar a ser una campeona mundial, y cantar el himno nacional con ella, y para ella.

No tenía ni idea de lo que significaba vencer al mundo, pero busqué en lo más profundo de mi alma infantil y, en ese momento, encontré muchas cosas... excepto miedo.

En el año 1992, cuando Ximena Restrepo alcanzó la gloria al ser la primera mujer colombiana en ganar una medalla olímpica en la historia para su país, había una pequeña niña de 7 años en el municipio de Rionegro, Antioquia, viendo la competencia junto a su madre en un televisor de perillas. Esa niña se llama Lina Gómez.

Aquella tarde, cuando sonó el himno nacional de Colombia, Lina vio a su mamá cantando cada estrofa como si pudiera saborearlas. Justo en ese momento de su vida, al ver el efecto de un triunfo mundial en el ser que más amaba, y sin alcanzar a dimensionar la magnitud de aquel logro de Ximena Restrepo, Lina propuso en su corazón llegar al pódium más alto del mundo, para cantar el himno nacional para su mamá; y determinó que haría todo lo que fuera necesario para llegar a ser la N°1 del mundo.

Espíritu de oro es la fascinante historia de aquella niña, una historia de guerra, de amor, de fracturas del alma y de puntos cosidos sobre la piel. Un viaje de fe, en el que se irán haciendo visibles los hilos de amor con los que Dios entreteje propósitos, y en el que podrás descubrir con detalle cómo piensa una campeona del mundo, y las verdaderas claves para que aprendas a ganar en cualquier campo en el que tengas que jugar en esta vida.

Coescrito por Lina Gómez y Jeins Durán, el escritor de la biografía del futbolista Juan Guillermo Cuadrado y de la novela testimonial Celda 212.